

ROMA.

EL 28.º ANIVERSARIO DE LA EXALTACION DE PIO IX AL SOLIO PONTIFICIO.

La vuelta del día mas largo del año nos recuerda, por la 28.ª vez, la inauguración solemne del mas largo pontificado. Coronado Pontifice y Rey, junto al sepulcro de San Pedro, el día 21 de junio 1846, N. S. P. el Papa Pio IX, ha sufrido, despues, en su magestad de Pontifice, en su dignidad de Rey, y, sobre todo, en su corazón de Padre, ultrajes, ó ingratitudes, que, por largo tiempo, admirará la historia.—Pero, en la misma proporción que las potestades contrarias han redoblado el furor en sus ataques, contra la Sede apostólica, y que la apostasia se ha propagado, hasta el punto de no haber, hoy, un solo gobierno en Europa, que quiera, ó que se atreva, á sostener la causa del Papa despojado y cautivo.—Dios ha hecho brillar su providencia cada vez de un modo más extraordinario, en favor de su representante abandonado. Si: cuanto mayor y más completo ha sido el abandono de parte de los potentados de la tierra, tanto mayor y más evidente ha sido la protección visible del cielo. Y en este mismo momento, en que el pontificado de Pio IX se nos presenta, como la imagen viva de aquel encarnizado combate, que sostuvo Josué contra los reyes coaligados, para conseguir la pérdida de Israel, en este mismo momento, repetimos, vemos renovarse al pie de la letra el brillante prodigio, consignado en el libro de Josué: *Non fuit antea nec postea tam longa dies*. No hubo nunca, ni antes, ni despues, un día tan largo.

Lo que nos hace esperar—y se verá ahora mismo, sobre que poderosa autoridad se funda nuestra esperanza—que este pontificado será tambien en el que el pueblo de Dios

será, al fin, vengado de sus enemigos, según esotra palabra del citado libro de Josué: *Sternuntque sol et luna donec ulcisceretur se gens de inimicis suis*.

Sin embargo, lejos de nosotros la idea de dormiros en la inacción; esta esperanza, por el contrario, debe animarnos á sostener con valor la lucha, á fin de apresurar el gran triunfo, objeto de todas nuestras aspiraciones. Eso está en la naturaleza misma de las cosas, porque el deseo de ese triunfo, no puede ser sincero, sino en tanto que, para obtenerlo, empleemos todos los medios. Lo cual nos ha sido tambien indicado por el texto, que acabamos de reproducir. No se dice en el, en efecto, que Dios vengase á su pueblo de sus enemigos, si bien es verdad, en el sentido de haber prestado socorro á su pueblo; sino que se dice claramente: el pueblo de Dios se vengó á si mismo, *donec ulcisceretur* su, esto es: nada descuidó para asegurarse la protección divina.

Tambien debemos nosotros, por una vida digna del nombre cristiano, por una firmeza agena á todo desaliento, ni admita ninguna transacción culpable, vengar á la santa Iglesia, nuestra madre, de los ultrajes sangrientos y furiosos de sus enemigos. El prodigio, que á nosotros no nos es dado obrar, la Providencia ya lo ha realizado, desde el momento, que sostiene más allá de los límites ordinarios, y en medio de mortales angustias, al Jefe intrépido, á cuya sabiduría y valor, debemos el haber podido sostener hasta aquí, la lucha. Esa Providencia, además, hace brillar en el seno de las tinieblas de la incredulidad el sol esplendente de nuestras almas, ese guía infalible, que nos

dirige desde lo alto del Vaticano. Si; Dios, accediendo á nuestras oraciones, ha realizado el prodigio, tan solo factible á su omnipotencia *Stetit itaque sol in medio caeli et non festinavit occumbere, obediens Domino voci hominis*. A nosotros, ahora, corresponde hacer lo demás, ó mas bien, obligar, en cierto modo, á la Divina Providencia, á completar su obra, practicando sin descanso, sin respeto humano, obras dignas de la fé que profesamos. Sepamos, en una palabra, como se ha dicho muy bien en el congreso católico de Venecia, rogar á Dios, para que la revolución perezca mañana; pero trabajemos, al mismo tiempo, como si ella debiera vivir siempre—y entonces la victoria será nuestra; y tan presto, que burlará todas las previsiones humanas.

La mejor aplicación práctica que de estas consideraciones podemos hacer, es resumir aquí las obras admirables, que los católicos de ahora han realizado en ese día, para solemnizar el maravilloso aniversario de la coronación de Pio IX. Por esta exposición se verá lo que pueden la fé y el amor; y cuanto pudieramos nosotros apresurar la derrota de la seta anti-cristiana, sosteniendo más frecuentemente con ella batallas en regla, como lo del 21 de Junio 1874.

Desde el amanecer, una multitud inmensa, compuesta de toda clase de personas, estrechábase en la vasta iglesia de San Ignacio: iba á celebrarse, con la pompa que permiten las circunstancias actuales, la fiesta del angelico protector de la juventud, San Luis Gonzaga.

Delante de la urna de lapislázuli, donde descansaba el cuerpo virginal del santo, se veían las carpetas de seda ricamente bordadas, que contenían las súplicas de muchísimos jóvenes romanos y que según costumbre, deponen desde la víspera á los pies de su celestial protector. Estos jóvenes, que en su mayoría, pertenecen á la seccion especial de *Intereses católicos*, fueron en corporación, hasta las gradas del altar del santo, á reiterar las oraciones que habían expresado antes en forma de súplicas. Hacia las ocho de la mañana, salieron procesionalmente de la sacristía, precedidos de la cruz; y á ésta seguían los de menor edad, llevando ramos de flores y ofrendas de cirios: S. G. monseñor Duvenger, que hizo, como se sabe, la peregrinación á Roma con los católicos americanos, les dijo la misa, y distribuyó la santa comunión.

A esta primera ceremonia siguió otra, no ménos conmovedora: veinte y cuatro damas romanas, precedidas de un numeroso enjambre de jovencitas y niñas, vestidas de blanco, con una flor de lis en la mano, asistieron á una segunda misa, durante la cual hicieron al Angelico Luis Gonzaga la consagración solemne de las almas inocentes, cuyos custodios se han constituido.

La iglesia estuvo llena toda la mañana, y fuimos con gusto, por largo tiempo, testigos de la piedad y del concurso de fieles, que se acercaron á la sagrada Mesa. En una de las misas, sobre todo, la afluencia fue tan considerable, que el celebrante, en la imposibilidad de dar la comunión á todos los que se iban presentando, hubo de llamar auxiliares, que continuaron, cerca de una hora, distribuyendo el Pan eucarístico.

Entre las ricas ofrendas, que atestiguan la fe de los Romanos á San Luis Gonzaga, citaremos la que Nuestro Santo Padre el Papa, envía ordinariamente el día de la fiesta del Santo, desde que, por su intercesión, fué completamente curado de la sciatica. Su ofrenda de este año consistió en 200 francos en oro, dentro de un bolsillo ricamente bordado. Antes de la invasión de Roma, Pio IX enviaba, de ordinario, un cáliz, ornamentos sacerdotales, ú otros objetos de este genero; hoy, conociendo la execrable expoliación hecha en las iglesias de los antiguos conventos, se vé obligado á proveer á las necesidades más urgentes del culto, antes que su magnificencia.

A las once, los jóvenes de la Asociación de los *Intereses católicos* se reunieron á los representantes de las diócesis de Italia, que habían venido expresamente á Roma, para dar cuenta al Soberano Pontifice de los trabajos del Congreso de Venecia; y todos juntos, en numero de unos trescientos, fueron admitidos en la sala del Consistorio, donde el Soberano Pontifice, radiante de vigor y de salud, se presentó cerca del mediodía, rodeado de catorce cardenales y de muchos obispos y prelados. M. el doctor Acquademí, presidente de la Asociación de la Juventud católica de Italia, leyó, en nombre de la asistencia, un discurso conmovedor, expresando las felicitaciones y los deseos de todos los italianos sometidos á la Santa Sede.

y resumiendo, al mismo tiempo, las decisiones del Congreso, en favor de las cuales el ilustre presidente ha implorado la bendición del Vicario de Jesucristo.

Pío IX ha contestado con un admirable discurso, ó sea, con una admirable improvisación, donde la sorprendente facilidad del lenguaje, y la ausencia de plan premeditado, realza la inspiración divina, que dictó al Pontífice palabras de maravillosa oportunidad, y de la más dulce consolación para los católicos.

A la exposición de los trabajos del Congreso de Venecia, contestó el Santo Padre con palabras de elogio y de aliento. Sucesivamente, fué recordando la exasperación que experimentan los enemigos de la Iglesia con esta reunión; después confortó á los católicos en sus resoluciones viriles, exhortándolos á tomar un cuidado especial por la juventud, tan perididamente rodeada de todogenero de peligros. Entre estos, figuran, en especial, las representaciones inmorales, la lectura de los malos periódicos, y las fotografías obscenas, en las cuales los tentadores exponen, con el cinismo más impudente, lo que no se atreven á decir por medio de la prensa.

A las felicitaciones y á los deseos que llegan de todas las partes del mundo católico, el Papa contestó, comentando el texto: *Tristitia vestra vertetur in gaudium*. «Si; exclamó; esperemos, que nuestra tristeza se convertirá muy pronto en alegría, no solo en la patria celestial, sino también en esta tierra de desierto, donde place á Dios consolarlos, de vez en cuando, de las dificultades del camino. Esperemos, que este pontificado (que Dios proteje en su misericordia) durante el cual, nuestro corazón ha sido empapado en angustias y tristezas, se convertirá, al fin, en un manantial de completa alegría...» A estas palabras, pronunciadas con un acento inspirado, y con la emoción más profunda, aclamaciones entusiastas interrumpían el discurso del Santo Padre. Por largo rato los gritos de esperanza resonaron al rededor del Sólito Pontificio.... Lágrimas del gozo más puro brillaron en todos los rostros.

En efecto, esta es la primera vez, desde su cautiverio, que Pío IX ha expresado de una manera tan formal la esperanza de un próximo triunfo; y lo ha expresado en presencia de los delegados del primer congreso católico de Italia, como para manifestar, así como lo hemos dicho desde el principio, que

el más seguro garante de la victoria, son nuestras propias obras.

V.

He aquí el texto del admirable discurso de Su Santidad, contestando á los delegados de las Asociaciones católicas de Roma, que habían regresado del Congreso celebrado en Venecia.

«Gran consuelo he experimentado, oyendo la relación de cuanto habeis hecho, bajo la protección de San Juan Evangelista, en Venecia; y mientras, por una parte, ruego á Dios, que las medidas, que habeis tomado, produzcan los frutos deseados, os doy gracias, no solo por haber venido á darme cuenta de vuestros trabajos, sino, porque habeis venido á consolar á vuestro afligido Padre con vuestra presencia, vuestras palabras y vuestras limosnas.

En verdad, mi aflicción, no procede tanto de la dura posición á que me han reducido, como de los males que sufre la Iglesia; y, por este concepto, me consuela vuestra presencia, viéndoos dispuestos á hacer, todo lo que dependa de vuestra posición y de vuestro estado, para procurar el remedio á la afligida esposa de Jesucristo. ¡Ojalá vuestro ejemplo contribuya á fortalecer á los débiles, y á hacer más firmes á los buenos!

La prensa impía grita contra vosotros, y como es el eco de un sinnúmero de malvados, no es de extrañar, que declame violentamente contra vosotros, y os condene, diciendo, que son estos los últimos esfuerzos de un cuerpo, que pierde de día en día su vigor, semejante á un árbol al cual va despojándose de sus hojas, y, poco á poco, languidece y muere.

Estas predicciones de los malos deben reanimar el valor de los buenos, probando, una vez más, al mundo, que la Iglesia puede ser combatida, mas no vencida; despojada de todo, mas nunca esclava, ni avasallada, hasta el punto de mendigar con hajeza lo que de derecho le pertenece; que la Iglesia es, tanto más grande, cuanto más perseguida.

Lo que sucede en nuestros días, no debe sorprender á las almas de buen temple. Las gentes, que viven, según el mundo, experimentan cierta alegría, una alegría convulsiva. Pero escrito dice: *Mundus gaudebit,*

vos autem contristabimini, sed tristitia vestra convertetur in gaudium.

Ahora bien; es de fé, que estas palabras prometen, en todo caso, un gozo eterno; pero, con bastante frecuencia, permite Dios, que, aún en este mundo, conozcan los hombres este gran cambio, y que su tristeza se convierta en alegría. Y esto es lo que nos es permitido esperar.

Cuando en 17 de Junio de 1846, se abrieron las puertas del Cónclave, para dar entrada á un gran número de personas, que deseaban conocer más de cerca al nuevo Papa, todo era gozo y alegría. Algunos individuos del Cuerpo diplomático penetraron solícitos en la capilla del Quirinal, y con mayor solícitud que todos, el ministro del Rey de Cerdeña. El Papa se encaminó, primero, al altar, vestido de pontifical, para presentarse luego al pueblo que esperaba. Y el ministro del Rey de Cerdeña, con piadosa ansiedad, rogó al Papa, le permitiese sostener su manto, y tuvo á grande honor ser el primero en tributar este homenaje al nuevo Papa.

A este acto de cordial inteligencia, entre la Santa Sede y el Piemonte, vinieron á añadirse algunas cartas afectuosas, que confirmaban más oficialmente la buena armonía.

Hacia entonces, todo era gozo y amistad. Más tarde, todo se convirtió en tristeza, pues el mismo Piemonte me arrebató casi toda la vestidura del poder temporal; y el 20 de Setiembre de 1870, fué más adelante, penetrando en Roma, no para sostener mi manto en señal de respeto, sino para arrancarme con inaudita violencia el último girón que me restaba.

Y he aquí, como el gozo se cambió en tristeza.

Ahora, volvamos á nosotros. Ruego á Dios, que, en su infinita bondad, acoga vuestros piadosos deseos, que tienden al bien de la cristiana sociedad, y que están destinados á aliviarla, en parte, en su angustia.

En cuanto á mí, no repetiré lo que ántes os he inculcado, limitándome solo á indicaros tres enemigos que ponen accechanza á

la juventud, y tienden, como muchos otros, á depravarla, á fin de que todos los que están destinados á instruirlos, no cesen en el cumplimiento de su deber.

Estos males son: las novelas, los teatros, y los periódicos. Las novelas, después de haber turbado la mente incauta, conducen á los mayores excesos por medio de sus perniciosas doctrinas. Los teatros acostumbra al desprecio de la Religión, poniendo en escena sus más adorables misterios, sus ministros, y las personas á él consagradas, para hacerles objeto de odio y de escarnio. Los periódicos anticatólicos hacen violencia á la voluntad, y extravían el entendimiento de la juventud.

Para que se cumplan mejor los efectos de vuestro celo, deben extenderse estos consejos, en primer lugar, á vuestras familias, y luego, á aquellas en que podais ejercer una saludable influencia.

Sean compañeros inseparables la oración y la paciencia, pues nuestro divino Redentor venció por la cruz, y, gracias á la cruz, cayeron de las manos de los verdugos los instrumentos de suplicio; y los que adoran á Dios en espíritu y en verdad, se multiplicaron, como hoy se propaga entre los pueblos el espíritu de fé y caridad.

No desconfiemos, pues, de ver cambiado, aún en esta tierra, la tristeza en alegría: *Tristitia vestra convertetur in gaudium.*

Elevo ahora mis manos, rogando á Dios, que os bendiga; quiero bendeciros en el alma y el cuerpo, para que no os desviéis del camino recto, y goceis buena salud; quiero bendeciros en vuestros negocios justos; y que esta bendición os sostenga contra el furor de Satanás, que *circum quærens quem decoret*, y contra las asechanzas de los hombres perversos; os acompañe esta bendición en la vida y os conforte en el último momento, para que todos podais gozar de Dios eternamente.

Benedictio Dei, etc.

(Journal de Florence 23 de Junio 1874.)